

No apagues la luz

Once cuentos

Ernesto Cisneros Cino

2025

© 2025 Ernesto Cisneros Cino

Todos los derechos reservados.

ernestocisneros.art

Índice

Prólogo

1. El Hombre del Sur
2. El Hueco
3. El Peso
4. La Llamada
5. El Pasajero
6. La Lista
7. El Silencio
8. El Libro que se Reescribe Solo
9. La Multitud Perfecta
10. El Perdón
11. El Visitante

Prólogo

Casi todo lo que de verdad da miedo espera a que te quedes quieto.

No derriba la puerta. No grita. No corre detrás de nadie por un pasillo. Sabe que no hace falta. Le basta con esperar a que apagues la televisión, a que se vaya el ruido de la calle, a que la casa se quede en ese silencio que creías tuyo. Le basta con que estés solo el rato suficiente.

No necesitas monstruos si el miedo ya vive contigo.

Los once cuentos de este libro no traen monstruos de fuera. Los de aquí ya estaban dentro, en los sitios donde uno no mira porque los cree seguros: la cama donde duermes, la letra con que escribes, tu propia voz, tu propia cara, la persona que los demás creen que eres, los muertos que quieres. Ninguno necesita la noche. Solo necesitan que les prestes atención. Y, una vez que se la prestas, ya no se van, porque mirar una de estas cosas es, casi siempre, enseñarle dónde estás.

No hay aquí explicaciones. No las busques. Lo que se explica deja de dar miedo, y estos cuentos no quieren consolarte: quieren acompañarte hasta cierta hora y dejarte ahí.

El título no es una metáfora. Léelos de día, si puedes. Y si los lees de noche, como casi seguro vas a hacer, recuerda al cerrar el libro que la última página no apaga nada, que la casa seguirá igual de callada, y que todavía vas a tener que cruzar el pasillo hasta tu cuarto.

Por si acaso.

No apagues la luz.

El Hombre del Sur

Cuando murió Richard Hale, en octubre de 1998, más de trescientas personas asistieron al funeral. Tenía cuarenta y seis años. Tres gasolineras. Un yate. Una colección de armas que enseñaba con orgullo a cualquiera que se dejara. Le gustaba que lo conocieran. Le gustaba que la gente supiera su nombre antes de que entrara en una habitación. La policía nunca encontró el cuerpo. Solo el Mercedes negro, parado en mitad de una carretera comarcal a las cuatro de la mañana. La puerta del conductor abierta. Las llaves todavía puestas. El motor caliente. Y unas marcas de pies descalzos sobre el barro de la cuneta, que avanzaban tres pasos, cuatro, y se detenían. Sin más. En ninguna parte. Como si lo que caminaba hubiera dejado de pesar a mitad de zancada. Su esposa lloró durante años. Su hijo dejó de preguntar. La vida siguió. Como sigue siempre.

Veintidós años después, el fotógrafo freelance Gabriel Mercer fue enviado al sur de Alabama para documentar unas denuncias de explotación laboral. Había enterrado a su padre en marzo. No habían hablado en seis años. Y lo más extraño, lo que de verdad lo desvelaba algunas noches, era que ya no recordaba bien por qué. Hubo una discusión. Hubo un teléfono que dejó de sonar. Después la costumbre de no llamar se volvió más fácil que la razón que la había empezado, y la razón, sencillamente, se borró. Cargó el equipo en el coche. Condujo nueve horas hacia el sur. Le pareció una bendición tener algo que mirar a través de un cristal. La granja de algodón era legal. Al menos sobre el papel. Los trabajadores eran hombres y mujeres sin documentos, sin registros médicos, sin nombres en ninguna lista. El capataz, un tipo flaco que no se quitó las gafas de sol en ninguna de las dos horas, le dijo a Gabriel que podía fotografiar lo que quisiera. Lo dijo sin preocupación. Lo dijo como quien enseña una pared. El calor no se movía. Colgaba sobre los campos como algo sólido, treinta y ocho grados a las once de la mañana, y sin embargo ninguno de aquellos hombres sudaba. Eso fue lo primero que notó. Camisas secas. Frentes secas. Cuerpos inclinados sobre las plantas en hileras tan rectas que parecían dibujadas. Recogían a la misma velocidad. Nadie se adelantaba. Nadie se quedaba atrás. Gabriel levantó la cámara y disparó, y el sonido del obturador fue lo único que se oyó en todo el campo. Ni un grillo. Ni un pájaro. Ni el viento. A mediodía sonó una campana en algún lugar que no alcanzó a ver. Todos se detuvieron. Al mismo tiempo. No al segundo siguiente, ni al anterior. Al mismo. Comieron de pie, mirando el suelo, cucharas de hojalata raspando platos de hojalata. Nadie hablaba. Nadie levantaba la vista

hacia el extraño de la cámara, ni siquiera con la curiosidad animal de mirar lo que se mueve. Una mujer comía con los pies descalzos hundidos en el barro. Gabriel pensó, vagamente, que alguien debería darle unos zapatos. No volvió a pensar en eso hasta mucho después. Tomó cientos de fotografías. Llenó dos tarjetas. Se marchó antes del atardecer porque, sin saber explicarlo, no quería estar allí cuando empezara a oscurecer.

No fue hasta dos días más tarde, ya en el motel, revisando las imágenes en el portátil, cuando se le cayó la taza de café. Amplió una de las fotos. Otra vez. Otra vez. El hombre del sombrero de paja. La nariz torcida hacia la izquierda. La cicatriz sobre la ceja derecha. La mandíbula que en algún momento se había roto y nunca había soldado bien, dándole a la cara una asimetría que ningún parecido fortuito podía repetir. No era parecido. Era él. Richard Hale. Veintidós años después. Más viejo. Más delgado. La piel curtida como cuero olvidado al sol. Pero él. El primer impulso de Gabriel no fue llamar a un periódico. Fue alcanzar el teléfono para llamar a su padre, que había sido policía en el condado durante treinta años, que se sabía de memoria todos los casos viejos de toda la región. Marcó tres dígitos antes de acordarse. Y colgó. Y se quedó sentado en el borde de la cama, en una habitación que olía a humedad y a tabaco frío, sosteniendo un aparato muerto en la mano.

A la mañana siguiente condujo tres horas hasta Nueva Orleans. Encontró a Susan Hale. La viuda. Setenta años. Artritis en las manos. Una Biblia abierta boca abajo sobre las piernas, como un pájaro descansando. Ella observó la fotografía durante mucho tiempo. No lloró. No gritó. Apartó la vista despacio, hacia la ventana, hacia la calle, hacia cualquier cosa que no fuera esa cara. —No puede ser. —Susan, mírelo. —No. —Es Richard. —Richard murió. —Entonces, ¿quién es ese? La mujer tardó varios segundos en contestar. Cuando lo hizo, su voz salió pequeña, de muy abajo. —No lo sé. —Es su marido. —Mi marido tenía un nombre. —Cerró la Biblia—. Eso de ahí no tiene nada. Y luego empezó a rezar, en voz baja, sin volver a mirarlo, hasta que Gabriel entendió que la visita había terminado.

Publicó la historia. Otros periódicos la rechazaron. Los foros se llenaron de burlas. Montaje, Photoshop, un hombre de luto buscando fantasmas en cualquier cara vieja. Pasaron dos años, pero Gabriel no consiguió olvidarlo. Volvió. La granja había desaparecido. No cerrada, no en ruinas. Desaparecida. Terreno vacío, hierba alta, ni una sola construcción en pie. Donde habían estado los barracones no quedaba ni un tablón, ni un clavo, ni la marca de unos cimientos. Los vecinos del pueblo más cercano aseguraban que aquello llevaba abandonado más de quince años. No había registros de propiedad recientes. Ni contratos de trabajo. Ni fotografías aéreas que mostraran nada. Gabriel buscó las suyas, las del satélite, las del catastro. En todas, el mismo descampado. En todas, vacío. Salvo una cosa. En el borde del antiguo terreno había una iglesia baptista de madera, pintada de blanco hace mucho tiempo; descascarada, con las ventanas tapiadas. Adentro, a la luz de unas velas, una anciana haitiana limpiaba la cera derretida de un altar que alguien había levantado con cajas de fruta. Tendría noventa años. Tal vez más. Gabriel le mostró la fotografía del hombre del sombrero de paja. Ella no mostró sorpresa. No preguntó nada. Sus dedos, sobre la vela, temblaban un poco. —¿Lo conocía? —preguntó Gabriel. La anciana negó con la cabeza. —No. —Entonces, ¿qué es esto? —Es triste. —¿Quién es? Ella levantó los ojos. Eran muy claros, casi sin color, como agua sucia. —Nadie. —Tiene nombre. Se llama Richard Hale. —Tenía. —¿Qué significa eso? La anciana lo observó largamente. Y por primera vez en toda la conversación pareció asustada. No de

la fotografía. De Gabriel. —¿Por qué lo buscas? —Porque quiero saber qué le pasó. Ella cerró los ojos. —Los vivos siempre quieren saber. —Dígame qué es. —¿Para qué? —Porque es imposible. —La voz de Gabriel se quebró—. Un hombre no puede seguir igual veintidós años después. No puede estar en un campo que no existe. Es imposible. La anciana se santiguó, despacio, sin dejar de mirarlo. —No. Su voz era apenas un soplo entre las velas. —Lo imposible sería que todavía recordara quién es. Apagó la vela con dos dedos. —Vete a casa. Y no vuelvas a mirar esa foto de noche.

Gabriel regresó a casa. Dejó de investigar. Intentó convencerse de que todo era un error. Una coincidencia. Un parecido. Una vieja loca en una iglesia llena de humo. Cualquiera cosa. Pero tres años después, vaciando por fin las cajas de su padre que llevaban en el garaje desde el entierro, encontró una fotografía. Una fiesta. Miami. El reverso decía, con la letra de su padre: 1997. Se veía a Richard Hale, un año antes de desaparecer, sonriendo con una cerveza en la mano, vivo, entero, dueño del mundo. Y detrás de él, casi fuera del encuadre, había una mujer anciana. Pequeña. Vestida de blanco. No mirando a la fiesta. No mirando a Richard. Mirando a la cámara. Gabriel reconoció el rostro al instante. Era la anciana de la iglesia. La misma. Exactamente la misma. Veintitrés años antes. Sin una arruga de más. Sin una arruga de menos.

Aquella noche no durmió. Se sentó frente al ordenador. Escaneó las dos fotos. Las puso lado a lado y amplió hasta que los rostros se llenaron de grano. Comparó los ojos. La boca. La forma de sostener las manos cruzadas sobre el vientre. Era ella. Abrió el cajón. Sacó la fotografía del hombre del sombrero de paja y la colocó junto a la foto de la fiesta. Y entonces comprendió algo. Algo que lo hizo levantarse y vomitar en el lavabo. Porque hasta ese instante se había estado preguntando: ¿qué le hicieron a Richard? Pero había una pregunta peor. Una que no se había atrevido a formular. Si Richard seguía vivo veintidós años después. Si aquella mujer no había envejecido en ese tiempo. Si ambos aparecían en lugares donde nadie los había visto entrar. Entonces la pregunta no era qué. La pregunta era desde cuándo. Y debajo del montón, en el fondo de la caja de su padre, había una tercera fotografía. Más pequeña. En blanco y negro. Las esquinas comidas. Un grupo de jóvenes frente a un coche, riéndose. Gabriel reconoció a su padre entre ellos, veinteañero, flaco, una vida entera por delante. Detrás del grupo, fuera de foco, había una mujer pequeña vestida de blanco. Mirando a la cámara. Al dorso, con la misma letra, decía: Miami. Junio de 1971. Y debajo, en tinta más oscura, escrita mucho tiempo después, una sola frase: No volveré a hablar de lo que vi esa noche.

Gabriel se quedó muy quieto. La casa estaba en silencio. Y de pronto reconoció el silencio. Era el mismo del campo. El silencio sin grillos, sin viento, sin nada. El silencio que se había metido con él en el coche aquella tarde de Alabama y que ahora, comprendió, llevaba años esperando en algún cuarto de su propia casa. Miró otra vez la foto de su padre, de 1971. La mujer de blanco ya no le pareció que mirara a la cámara. Le pareció que miraba, ligeramente desviada, hacia la derecha. Hacia un punto fuera del encuadre. Hacia quien sostuviera la fotografía. Hacia él. Su padre había visto algo una noche de 1971 y había elegido callar para siempre. Y porque calló, vivió, y envejeció, y se murió siendo todavía alguien con un nombre que cabía en una lápida. Gabriel, en cambio, había mirado. Había preguntado. Había hablado. Quiso decir su propio nombre en voz alta, solo para oírlo, para asegurarse de que seguía ahí. Abrió la boca. Y por un segundo, uno solo, no se acordó de por

qué había dejado de hablar con su padre. Ni del nombre de la calle donde había crecido. Ni de la cara de su madre. El segundo pasó. Todo regresó. Pero Gabriel se quedó sentado en la oscuridad, con tres fotografías sobre la mesa y el corazón golpeando, entendiendo por fin por qué la anciana le había tenido miedo a él y no a la foto. Porque él era lo nuevo. Porque él todavía tenía algo que perder. Apagó la pantalla. No apagó la luz. Aquella noche no se atrevió a dormir

El Hueco

La casa olía igual.

Eso fue lo primero, y casi la desarma. Treinta años, y el recibidor seguía oliendo a lo mismo: a humedad de pared vieja, a la cera de los muebles, a algo dulce que Marta nunca había sabido nombrar y que era, sencillamente, el olor de su madre.

Había vuelto a ayudar a vaciarla.

Su madre se mudaba a un piso más pequeño, más cómodo, más cerca de todo. La casa se vendía. Había que meter cuarenta años en cajas, decidir qué se guardaba y qué se tiraba, y discutir con cariño sobre platos que nadie había usado desde una boda de los años setenta.

Marta tenía buena memoria.

Siempre la había tenido. Era casi un orgullo. Recordaba la grieta del techo del baño con forma de río. El tercer escalón que crujía. El dibujo de los azulejos de la cocina, que había contado de niña tantas veces que aún sabía cuántos eran. La gente le contaba episodios de su propia vida y ella se los corregía, y casi siempre tenía razón.

Por eso, cuando movieron el armario, no entendió.

Era el armario de su antiguo cuarto. Un mueble enorme, de roble, que llevaba allí desde antes de que ella naciera. Lo separaron de la pared entre los dos, jadeando, para envolverlo en mantas.

Y detrás había una puerta.

Pequeña. Blanca. A la altura de un niño. Con un pestillo sencillo, de los que se abren con dos dedos.

Marta se quedó mirándola.

Había dormido en ese cuarto hasta los dieciocho años. El armario había estado siempre pegado a esa pared. Ella lo habría visto. Mil veces. Diez mil veces. Una puerta no se esconde durante una infancia entera.

No había puerta.

Nunca hubo una puerta.

—Esa siempre estuvo ahí —dijo su madre.

Lo dijo desde el pasillo, sin acercarse, sin alarma, con la voz tranquila de quien comenta el tiempo.

—Mamá, aquí no había ninguna puerta.

—Claro que había. —Su madre seguía envolviendo un plato en papel de periódico, sin levantar la vista—. Ahí jugabas tú. Te pasabas las horas metida ahí dentro, ¿no te acuerdas? Escribiendo en la pared con el lápiz. No había manera de sacarte.

Lo dijo con ternura.

Como un recuerdo bonito.

Marta soltó una risa que no le salió bien.

Su madre se encogió de hombros y volvió a sus platos, sin insistir, sin defenderse. No estaba mintiendo. No discutía. Simplemente recordaba una infancia distinta de la suya, una en la que había una puerta, y un cuarto, y una niña feliz que escribía en las paredes.

Marta se arrodilló.

Corrió el pestillo con dos dedos.

Y abrió.

Dentro el aire era seco y viejo, aire de muchos años encerrado, que le tocó la cara como una respiración.

Era un cuarto pequeño.

Sin ventanas.

Del tamaño de un armario empotrado, quizá un poco más. Las paredes desnudas, el suelo desnudo. No había nada.

Nada salvo la escritura.

Las cuatro paredes, hasta donde llegaba la poca luz que entraba por la puerta, estaban cubiertas de palabras escritas a lápiz. Cientos de veces. Miles. Dos palabras, repetidas hasta llenar cada centímetro.

NO ABRAS.

NO ABRAS.

NO ABRAS.

Marta entró a gatas, porque de pie no cabía, y siguió las líneas con los ojos.

Arriba, cerca del techo, las letras eran grandes, redondas, aplicadas. Letra de niña que se esfuerza, que respeta el renglón aunque no haya renglón.

Más abajo se volvían rápidas. Torcidas. La misma mano, pero con prisa, como si escribir despacio ya no fuera suficiente.

En el rodapié, en los rincones, las últimas estaban hechas por una mano tan pequeña y tan apurada que apenas se leían. Marcas nerviosas, encogidas, encimadas unas sobre otras.

Y todas, todas, eran su letra.

No parecida.

Suya.

Esa forma rara de cerrar la A, la que su maestra le había intentado corregir sin éxito. La R que siempre le salía coja. Era su mano. La de antes y la de ahora. La reconocía como se reconoce la propia cara en una foto vieja.

Sin darse cuenta, hizo lo que hacía de niña cuando tenía miedo.

Se llevó el lápiz a la boca.

Y solo entonces, con la madera blanda entre los dientes, cayó en la cuenta.

No recordaba haber traído un lápiz.

Marta se quedó muy quieta, a gatas, en aquel cuarto sin aire.

Y empezó a entender.

Porque al principio lo había leído como lo leería cualquiera. Una niña asustada que se escribe a sí misma. Un juego raro de una cría sola. La pregunta fácil, la que casi daba ternura: ¿qué clase de niña escribe eso, para sí misma, mil veces?

Pero el aviso no estaba en pasado.

No decía "no abrí". No decía "no abras tú, que vas a venir luego a jugar".

Decía NO ABRAS. Ahora. Imperativo. Dirigido a alguien que estuviera de pie, o a gatas, frente a la pared, con la mano en un pestillo.

Dirigido a una mujer adulta.

A ella.

La niña no jugaba. La niña sabía. Sabía que un día, muchos años después, volvería convertida en otra cosa, en alguien grande que ya no la recordaría, y que ese alguien encontraría la puerta y la abriría. Y pasó horas. Cientos de horas. Miles de repeticiones, hasta gastarse los dedos, tratando de cruzar todos esos años para detener este momento exacto.

Este.

El de ahora.

Y ella ya había abierto.

Estaba dentro. Leyendo el aviso. Demasiado tarde.

Fue entonces cuando lo vio.

Abajo, cerca del suelo, entre los cientos de trazos descoloridos por el tiempo, había una línea distinta.

Más oscura.

Fresca.

El grafito todavía brillaba un poco, como se ve el lápiz cuando se ha escrito hace poco, días, semanas a lo sumo.

Y esa no era letra de niña.

Era letra de adulta.

Firme. Grande. Con la A rara y la R coja, pero de pulso adulto.

Era su letra de hoy.

NO ABRAS.

Marta no recordaba haberla escrito.

Salió de espaldas, sin levantarse, raspándose las rodillas, sin atreverse a darle la espalda a la pared.

En la cocina, su madre tarareaba.

—¿Encontraste algo bueno ahí dentro? —preguntó, sin volverse.

Marta no contestó.

Recogió su bolso. Dijo que se le había hecho tarde, que volvía otro día a seguir con las cajas. Su madre le dio un beso y le dijo que manejara con cuidado, igual que siempre, como si no acabara de pasar nada.

Manejó las dos horas de vuelta sin encender la radio.

Y por el camino se fue contando cosas.

Que su madre estaba mayor. Que la memoria de los viejos inventa, rellena, ablanda. Que de niña uno olvida cuartos enteros, casas enteras. Que el grafito fresco era una tontería, un truco de la luz, una mancha. Que ella tenía buena memoria, la mejor, y que si no recordaba ese cuarto era porque sencillamente no había sido importante.

Para cuando llegó a su casa, casi se lo creía.

Casi.

Pasaron unos días.

Su apartamento. Su vida. Sus cosas en su sitio. Su nombre, Marta, en el buzón, en las facturas, en la taza que le había regalado alguien y que usaba cada mañana.

Estaba en la cocina, haciendo la lista de la compra. Leche. Pan. Algo para la cena. Un lápiz en la mano, un papel pegado a la nevera.

Levantó la vista un momento hacia la ventana.

Cuando la bajó, la mano había seguido sola.

Debajo de la leche y el pan, con letra redonda, aplicada, cuidadosa, letra de niña que se esfuerza, el papel decía:

NO ABRAS.

NO ABRAS.

NO ABRAS.

Marta no recordaba haber escrito eso.

No recordaba haber bajado el lápiz.

Y entonces, despacio, como sube el agua fría por las piernas, comprendió lo de la línea fresca.

La de letra adulta, abajo en la pared, junto al suelo.

La había escrito ella.

No de niña.

Hacía poco. Semanas. En una visita a aquella casa que ya no era capaz de recordar haber hecho.

Había estado dentro del cuarto antes, ya de grande. Había leído el aviso. Lo había añadido una vez más, con su mano de adulta. Y se había ido. Y lo había olvidado todo, la puerta, el cuarto, el viaje entero, como ahora mismo no recordaba haber escrito en el papel de la nevera.

Cada regreso borraba el anterior.

La pared era lo único que llevaba la cuenta.

Lo único que sabía cuántas veces había entrado ya en ese cuarto, y había vuelto a salir con un poco menos de sí misma.

Miró el papel pegado a la nevera.

Miró su propia mano, que aún sostenía el lápiz, y que le pareció, por un instante, más pequeña de lo que debía ser.

Quiso soltar el lápiz.

La mano no soltó el lápiz.

Y Marta, de pie en su cocina, a dos horas de la casa de su madre, supo que ya estaba de camino. Que volvería. Que siempre volvía. Que en algún rincón de aquella pared quedaba todavía un hueco vacío, pequeño, a la altura del suelo.

Y que ese hueco la estaba esperando para una línea más.

El Peso

Amalia enviudó a los cincuenta y cuatro años, un martes, sin aviso.

Julián se acostó bien y no despertó. Así, limpio, como se van los que no quieren molestar. Ella se despertó al lado de un cuerpo que ya no era él, y esa fue la primera cosa que aprendió de la muerte: que el lugar de alguien sigue ocupado un rato después de que el alguien se haya ido.

El entierro, los papeles, los hijos que volvieron y se fueron, las casseroles de las vecinas que se pudrieron en la nevera. Todo eso pasó.

Y después quedó la cama.

Su lado y el lado de él. Treinta años durmiendo cada uno en su mitad, hasta que el colchón se había hundido en dos cuencas, una para cada cuerpo, con una loma en medio que nadie pisaba.

Amalia siguió durmiendo en su cuenca.

La de él se quedó vacía, fría, con la forma todavía puesta, como un guante.

La primera vez fue unas semanas después.

Estaba a punto de dormirse, de espaldas a la mitad vacía, cuando el colchón se hundió.

Detrás de ella. En el lado de él.

El peso de un cuerpo acostándose despacio, con cuidado de no despertarla, hundiendo el muelle exactamente donde Julián lo había hundido treinta años. Después, el calor. Ese calor que da una persona a través de las sábanas, que no es el de una estufa, que es otra cosa, vivo. Y luego, bajísima, una respiración.

Amalia se quedó de piedra, con los ojos abiertos en la oscuridad, mirando la pared.

No se giró.

No supo por qué no se giró. Tuvo miedo, claro, un miedo que le subió por la espalda como una mano. Pero debajo del miedo había otra cosa, más vieja y más fuerte, y esa otra cosa le dijo: no mires.

Porque si se giraba y no había nada, perdía a Julián otra vez, esa misma noche, para siempre.

Y si se giraba y había algo.

Tampoco quería saber qué.

Así que se quedó quieta, dándole la espalda al peso, al calor, a la respiración, y poco a poco, sin entender cómo, se durmió. Como no dormía desde el martes.

Se volvió la regla de su vida, aunque nunca la dijo en voz alta.

Nunca mire.

El peso volvió la noche siguiente. Y la otra. Y todas. Llegaba cuando ella estaba ya de espaldas, a punto de cruzar al sueño, y se acostaba con el mismo cuidado de siempre, y le daba calor a la habitación entera.

Amalia organizó su viudez alrededor de eso, en secreto.

No cambió el colchón, aunque los muelles chillaban. No movió la cama de pared. No durmió jamás en el cuarto de invitados, ni en el sofá, ni en casa de su hija las navidades, decía que dormía fatal fuera de la suya, y era verdad, solo que al revés de como ellos lo entendían.

No volvió a salir con nadie. Para qué.

Los hijos se preocupaban de lejos. Mamá tan sola en esa casa grande. Le proponían una residencia bonita, un apartamento cerca. Ella decía que no con una terquedad que no sabían de dónde le salía.

No iba a dejar a Julián durmiendo solo.

Y si no era Julián, no iba a dejar sola la única compañía que el martes le había dejado.

Nunca se lo contó a nadie. ¿A quién? ¿Qué le iba a decir, que el colchón se le hundía de noche? Se lo guardó veinte años, como se guarda lo más íntimo, que casi nunca es lo más bonito sino lo más raro.

Veinte años de espaldas a su propia cama.

Jamás miró.

Lo notó cuando ya era vieja.

Setenta y tantos, la espalda doblada, las noches más largas y peores, ese sueño fino de los viejos que se rompe con nada.

Una noche, esperando el peso como quien espera el último autobús, le pareció que el colchón se hundía menos.

Apenas. Un dedo menos. Lo achacó al colchón, a los muelles cansados, a sus propios huesos que ya no sentían igual.

Pero la noche siguiente, lo mismo. Y al mes, menos todavía.

El peso estaba disminuyendo.

Lo siguió en secreto, como había seguido todo. La cuenca que se formaba detrás de ella cada vez era más leve. El calor, más tibio. La respiración, que nunca había sido fuerte, se fue volviendo un hilo, y después menos que un hilo, una idea de respiración.

Lo que se acostaba con ella estaba adelgazando.

Año tras año, se hacía más ligero. Como si lo que pesaba allí, fuera lo que fuera, se estuviera gastando, evaporando, yéndose por algún sitio.

Y Amalia, en la oscuridad, de espaldas como siempre, empezó a tener una pregunta nueva, peor que el miedo de las primeras noches.

¿Qué pasaba cuando el peso llegara a cero?

Pensó que era Julián, que se iba al fin. Que los muertos duran un tiempo y se acaban, como una vela, y que el suyo había durado veinte años pero también se terminaba, y que pronto la cama sería solo suya, fría entera, y se quedaría de verdad sola por primera vez desde aquel martes. Lloró por eso algunas noches. Un segundo duelo, en cámara lenta, milímetro a milímetro de colchón.

Hasta que una noche entendió que estaba equivocada.

Que el peso no se iba como se va una vela.

El peso no estaba desapareciendo.

Se estaba quitando algo de encima.

Lo entendió de golpe, vieja, despierta a las cuatro de la madrugada, con esa lucidez horrible que a veces dan las casas dormidas. El peso no era él. El peso era la forma. El cuerpo prestado. El disfraz que aquello había necesitado al principio, recién muerto Julián, cuando ella todavía podía levantarse, cambiar de cuarto, mirar, irse. En aquellos primeros años había hecho falta todo: el peso justo, el calor justo, la respiración justa, para que ella no se girara, para que se quedara, para que pusiera la regla de no mirar y la cumpliera.

Para que se acostumbrara.

Pero ya no hacía falta nada de eso. Amalia era vieja. Llevaba veinte años de espaldas. No se iba a levantar, no se iba a ir, no iba a mirar, no iba a contarlo. Era suya. Estaba domesticada por la costumbre y por la pena.

Así que aquello, despacio, sin prisa, con la paciencia de dos décadas, se estaba quitando el peso de encima. La forma. El cuerpo de hombre que ya no necesitaba fingir.

Lo que quedaba debajo no pesaba nada.

Y lo que no pesa nada no tiene que quedarse en su lado del colchón.

La última noche, el colchón no se hundió.

Amalia, de espaldas, lo esperó y no llegó. No hubo cuenca detrás de ella. No hubo calor en la mitad de Julián. No hubo respiración.

Por un instante sintió las dos cosas a la vez, el alivio y el desgarró: se acabó, se fue del todo, estoy sola.

Y entonces lo sintió.

No detrás. No en el lado de él.

A su lado. Del suyo. En su propia cuenca, compartiendo su almohada, una frialdad fina extendida a lo largo de todo su cuerpo, sin peso, sin bulto, como una sábana de más, como una

segunda piel puesta sobre la suya.

Veinte años le había dado la espalda a un peso en la otra mitad de la cama.

Ya no había peso. Ya no había otra mitad. No quedaba nada al otro lado que evitar mirar.

Lo que fuera estaba ahora de su lado, sin cuerpo, pegado a ella, a la altura exacta de su cara.

Y Amalia entendió, por fin, por qué durante veinte años aquello le había dejado creer que era Julián.

Para que esta noche todavía estuviera aquí.

Mantuvo los ojos cerrados.

Era lo único que le quedaba, lo que siempre le había quedado, no mirar, no mirar, no mirar. Pero ahora la frialdad estaba en sus párpados, finísima, esperando del otro lado de sus pestañas, con una paciencia sin fondo.

Y Amalia supo, con el corazón de una anciana que necesita dormir, que no puede pasarse la noche en vela, que tiene ochenta años y los ojos cansados, que no iba a poder mantenerlos cerrados hasta el amanecer.

Que faltaban horas para la luz.

Que tarde o temprano, esa noche o la siguiente, iba a tener que abrirlos.

Y que aquello lo sabía mejor que ella, y estaba justo ahí, sin pesar nada, contra sus pestañas, esperando.

La Llamada

Era un martes sin nada.

Nora había llegado a casa con la ropa mojada, porque empezaba a chispear y el coche estaba lejos. Se quitó los zapatos en la entrada. Puso agua a hervir. Encendió una lámpara, la pequeña, la de la mesa, porque la luz del techo le parecía demasiado para una noche así.

El apartamento estaba en silencio. Su silencio de siempre, el bueno, el de estar sola y a salvo.

El teléfono sonó.

Lo tenía en la mano. Lo había estado mirando hacía un segundo, sin nada que ver en él, y aun así sonó, como si la llamada hubiera entrado por detrás de la pantalla.

En el identificador no había nombre. No había número.

Había una palabra: Nora.

Su propio nombre, llamándola.

Pensó en un error, en una de esas estafas que le clonan a una el contacto. Contestó solo para que dejara de sonar.

—¿Sí?

Y la voz que respondió era la suya.

No parecida. No una imitación buena. La suya, con el catarro que tenía hoy, con esa aspereza en la garganta que le había dejado la lluvia hacía media hora. Era escucharse en una grabación, pero en vivo, contestándole.

—Nora. Escúchame. —La voz hablaba rápido, baja, con una urgencia que le erizó la piel—. Soy tú. Dentro de diez minutos. No tengo tiempo de explicarlo, no me lo creerías igual. Solo escucha esto, solo esto.

Nora no pudo decir nada.

—No abras la puerta.

Un silencio con respiración detrás.

—Pase lo que pase. Aunque oigas lo que oigas. No abras la puer—

La línea se cortó.

No el pitido de colgar. El silencio liso del que nunca hubo nada.

Nora apartó el teléfono de la oreja con la mano temblando.

Buscó en las llamadas recientes.

Nada.

Ni esa, ni ninguna. La última entrada era de la mañana, su madre, doce minutos. Después, vacío. Como si el aparato no hubiera sonado nunca, como si lo hubiera soñado de pie, en su propia cocina, con el agua empezando a hervir a su espalda.

Se dijo cosas razonables.

Que estaba cansada. Que la lluvia, que el trabajo, que se había quedado dormida un segundo y lo había soñado. Que las estafas modernas usan grabaciones, que le habrían sacado la voz de algún video, que existía una explicación aburrida y la encontraría mañana, a la luz del día, riéndose.

Pero su voz no se ríe.

Su voz, la de verdad, sabía dos cosas que ninguna grabación podía saber.

Sabía que estaba en casa.

Sabía que tenía catarro desde hacía media hora.

Apagó el fuego. El agua se había quedado a mitad, ni fría ni hervida.

Miró el reloj del horno sin querer mirarlo.

Y esperó, porque ya no sabía hacer otra cosa.

Tres minutos.

Sonó el timbre.

Nora dio un salto que la dejó pegada a la encimera, con las dos manos agarradas al borde, el corazón en un sitio donde no debía estar.

El timbre otra vez. Normal. Educado. Dos toques cortos, como llama cualquiera.

Se quedó quieta.

"No abras la puerta."

Se lo había dicho ella misma. Dentro de diez minutos. Es decir, ella, después de que pasara lo que estaba a punto de pasar ahora. Ella, que ya lo había vivido, que sabía cómo terminaba, y que había hecho lo imposible, lo que no se puede hacer, llamar hacia atrás, para impedirlo.

Si esa voz era ella, había que obedecer.

Pero.

Pero quizá la voz no era ella. Quizá la voz era la trampa. Quizá lo que quería de verdad la cosa de la llamada era justo eso, que no abriera, que se quedara dentro, encerrada, sola, mientras lo verdadero, lo que de veras debía salvarla, esperaba afuera en el pasillo y se iba.

Creerle, o no creerle.

A sí misma.

Y no había manera de saberlo. No había un solo dato en el mundo que inclinara la balanza, porque las dos voces, la de adentro y la que llamaba a la puerta, eran exactamente la misma.

Llamaron con los nudillos.

Y entonces, desde el otro lado de la puerta, alguien habló.

—Nora. Ábreme.

Su voz.

—Por favor, ábreme. Soy yo. La de la llamada te mintió. —Sonaba al borde del llanto, helada, conocidísima—. No era yo, era otra cosa con mi voz, no le hagas caso. Estoy aquí afuera y hace frío y no me dejes aquí, por favor. Soy yo. Soy la de verdad.

Nora se tapó la boca con las dos manos.

Porque era verdad.

Esa también era ella.

No abrió.

No supo por qué eligió eso y no lo otro. No fue valor, ni cálculo, ni fe en la primera voz. Fue que las piernas no la llevaron hasta la puerta. Fue que se quedó pegada a la encimera, temblando, mientras la voz de afuera le suplicaba con su propia garganta, le recordaba cosas que solo ella sabía, lloraba, golpeaba, pedía.

Hasta que dejó de pedir.

La voz se apagó como se apaga una vela.

Y volvió el silencio.

Pero ya no era el bueno. Ya nunca más iba a ser el bueno.

Nora se quedó de pie en la cocina mucho rato, sin mirar la puerta, sin mirar nada, escuchando su propio pulso, que era el único sonido que le quedaba en el mundo.

Y dentro de ese silencio, despacio, empezó a entender que no había terminado.

Porque la voz de la llamada había dicho diez minutos.

Y solo habían pasado siete.

Miró el reloj del horno.

Lo miró de frente, esta vez.

Y entendió que era su turno.

Que siempre había sido su turno. Que esto era lo que pasaba a los diez minutos: que ella, viva todavía, sin saber todavía qué había afuera ni si había hecho bien o mal en no abrir, tendría que llamar hacia atrás. A la mujer de hace diez minutos. A la que aún tenía el silencio bueno, la lámpara pequeña encendida, el agua sin hervir.

Y avisarla.

No porque supiera la verdad. No la sabía. No iba a saberla nunca.

Sino porque eso fue lo que le dijeron a ella, y el aviso giraba en redondo, de Nora a Nora, sin principio y sin fondo. Una mujer pasándose el miedo a sí misma para siempre, y nadie, en ningún punto del círculo, sabiendo jamás quién esperaba detrás de la puerta.

Cogió el teléfono.

Le sorprendió lo quieta que tenía la mano. Había temblado toda la noche, y ahora no. Porque el miedo necesita una salida, y cuando no le queda ninguna se queda quieto, frío, a mitad de camino, como el agua que había apagado sin que llegara a hervir.

Marcó su propio número.

Se lo sabía de memoria, claro. Era el suyo.

Empezó a dar tono.

Y en algún lugar, diez minutos hacia atrás, en una cocina con una lámpara pequeña encendida, Nora oyó que ella misma contestaba.

—¿Sí?

Abrió la boca.

La garganta áspera. El catarro de la lluvia.

—Nora. Escúchame. Soy tú. Dentro de diez minutos. No abras la puerta. Pase lo que pase. Aunque oigas lo que oigas. No abras la puer—

El Pasajero

Esteban manejaba de noche desde hacía once años.

Le gustaba, o se había convencido de que le gustaba, que viene a ser lo mismo cuando uno lleva once años haciendo algo. La ciudad de madrugada era otra ciudad, más limpia, más callada, sin la prisa fea del día. Y el coche era suyo, su cabina, su música baja, su termo de café.

Lo único que se le había ido gastando con los años eran los pasajeros.

Antes hablaban. Subían, le contaban su vida, la noche de la que venían, la mujer que los había dejado, el negocio que iba a hacerlos ricos. Esteban escuchaba. Era bueno escuchando. Para mucha gente, él había sido la última persona con la que hablaron antes de llegar a una casa vacía.

Ahora subían con los audífonos puestos. Decían la dirección mirando el teléfono y no volvían a levantar la vista. Pagaban con la app, sin tocarlo, sin mirarlo. Bajaban. Como paquetes que se transportan solos.

Esteban tenía una hija en otra ciudad que cada vez llamaba menos.

Tenía un apartamento donde la única voz, al llegar, era la del refrigerador.

Tenía cincuenta y nueve años, y empezaba a notar que pasaban noches enteras sin que nadie le dijera su nombre.

Aquella noche lo recogió en una esquina sin nada, a las tres y pico, un hombre con abrigo largo que levantó la mano como se hacía antes.

—Buenas noches —dijo el hombre al subir.

Y a Esteban algo se le destrabó en el pecho, porque hacía semanas que nadie le decía buenas noches.

Hablaron.

No sabría reconstruir de qué. De la ciudad, de cómo había cambiado. De que ya nadie conversa. De ponerse viejo. El hombre tenía una voz tranquila, sin prisa, y una manera de preguntar que daban ganas de contestar de verdad. Le preguntó por su hija. Esteban le contó cosas que no le contaba a nadie, ahí, mirando la carretera, las dos de la cara de uno en el espejo y la del otro en la oscuridad de

atrás.

Fue la mejor hora que Esteban había pasado en mucho tiempo.

Lo dejó donde le pidió, otra calle vacía, sin un solo portal encendido.

El hombre se quedó un momento de pie junto a la ventanilla, antes de irse.

—Gracias por traerme —dijo—. Hacía mucho tiempo que nadie me hablaba.

Y se fue caminando hacia lo oscuro, despacio, hasta que Esteban ya no lo vio.

Reglamento de la flota: cámara interior, audio y video, encendida todo el turno.

Esteban casi nunca la miraba. Esa noche sí, en casa, antes de dormir, porque quería volver a ver al hombre del abrigo, ponerle cara con calma, recordar la conversación.

Adelantó hasta las tres y pico.

El coche se detiene en la esquina sin nada. La puerta de atrás se abre. Se cierra.

Y el asiento de atrás está vacío.

Vacío toda la hora. El cinturón sin abrochar, el cuero liso, nadie. El coche arranca solo, conduce, para en los semáforos, gira, mientras Esteban, en el asiento del conductor, habla.

Habla con el asiento vacío.

Sonríe. Asiente. Escucha. Se ríe de algo. Una hora entera de un hombre solo conversando con nadie en un coche en marcha.

Pero el audio.

El audio tenía las dos voces.

La de Esteban, y la otra, la tranquila, clarísima, contestando, preguntando por su hija, dando las buenas noches. Subió el volumen hasta el tope. No era un eco, no era su propia voz cambiada. Era otro. Otro hombre, hablando, perfectamente, en un asiento donde la cámara juraba que no había nadie.

Y al final, nítida, la última frase, dirigida a un Esteban que en la pantalla estaba completamente solo:

—Gracias por traerme. Hacía mucho tiempo que nadie me hablaba.

Esteban no borró el archivo.

Lo guardó.

Y esa madrugada, antes de dormir, lo escuchó otra vez. Solo el audio. Con los ojos cerrados. Como quien vuelve a poner una canción.

Volvió.

No esa noche, ni la siguiente, pero volvió. La misma esquina, la misma hora, la misma voz tranquila subiendo al asiento que ninguna cámara conseguía llenar.

Y Esteban, que tendría que haber tenido miedo, que al principio lo tuvo, dejó de tenerlo.

Porque era buena compañía. Porque la conversación era de verdad aunque el hombre no lo fuera. Porque en once años de madrugadas, aquella voz era lo único que le preguntaba cómo estaba

y esperaba la respuesta.

Aprendió la esquina. Aprendió la hora. Empezó a estar ahí, a las tres y pico, sin pasaje, esperando. Apagaba la app en esa franja para que no le entraran otros viajes, los de verdad, los de los audífonos y el silencio. Para qué. Tenía con quién hablar.

El mundo, alrededor, se le fue adelgazando, y él más contento cada noche.

Su hija dejó un par de mensajes que no contestó, y después dejó de dejarlos. El de la central le preguntó una vez, con cuidado, que si estaba bien, que lo veían dar muchas vueltas en vacío, que hablaba solo en la cámara. Esteban dijo que sí, que estaba bien. Y era verdad. No estaba solo. Dejó de pasar por el bar donde paraban los otros choferes. Para qué.

El hombre del abrigo, poco a poco, dejó de preguntar por su hija.

Le pedía, en cambio, que dieran una vuelta más. Que la noche estaba linda. Que se quedara un rato.

Y los viajes se fueron haciendo más largos, hacia ninguna parte.

Una noche, cualquiera, Esteban entendió lo que era el hombre del abrigo.

No un muerto. No un demonio. Nada de eso.

La cosa más sola de toda la carretera. Algo que un día también manejó de noche, o esperó de noche, o vivió de noche, hasta que el mundo dejó de mirarlo. Y que ahora andaba buscando, de esquina en esquina, al siguiente, al más solo de todos los que quedaban despiertos, para hacerle compañía.

Porque era lo único que sabía dar. Compañía.

Y dándola, sin querer o queriendo, lo iba volviendo igual a sí mismo.

La frase, esa que la primera noche le había parecido la tristeza del pasajero, Esteban entendió por fin de quién era.

"Hacía mucho tiempo que nadie me hablaba."

No era el pasado del hombre del abrigo.

Era el futuro de Esteban.

La última vez que miró la cámara fue por costumbre, ya sin esperar nada.

Adelantó hasta las tres y pico.

El coche recorría la ciudad vacía, despacio, dando vueltas hacia ningún sitio, parando en los semáforos en rojo aunque no hubiera un alma para chocarlo.

El asiento de atrás, vacío. Como siempre.

Pero esta vez también el de delante.

El asiento del conductor, vacío. El volante girando solo en las curvas. El coche entero conduciéndose por la madrugada sin un cuerpo dentro, ni atrás ni adelante, ni uno solo.

Y el audio, lleno.

Las dos voces. La del hombre del abrigo, tranquila. Y la de Esteban, contenta, viva, conversando, riéndose, pidiendo dar otra vuelta porque la noche estaba linda.

Dos hombres hablando toda la noche, a gusto, acompañados.

Y nadie, absolutamente nadie, en el coche.

Esteban miró la pantalla un rato largo.

No sintió horror. Eso era lo peor, que ya no sentía horror. Sintió algo parecido a llegar a casa.

Porque ya no había nadie en el mundo que pudiera verlo. Y no le importaba. Tenía con quién hablar. Lo tendría siempre, ahora, las dos voces solas en un coche que iba a ninguna parte por una ciudad que dormía.

Apagó la pantalla.

Bajó al garaje.

Se sentó al volante, en la oscuridad, y esperó las tres y pico, como quien espera a un amigo.

Y cuando la voz tranquila le dio las buenas noches desde el asiento de atrás, Esteban, por primera vez, le contestó con la frase entera.

—Gracias por acompañarme. Hacía mucho tiempo que nadie me hablaba.

Y arrancó.

La Lista

La primera apareció un jueves, pegada a la nevera con el imán de la pizzería.

Comprar leche. Llamar a mamá. Pagar la luz antes del 15.

Daniel la leyó dos veces, con el café en la mano, y lo que le extrañó no fue la lista.

Fue la letra.

Era casi la suya. La inclinación, el tamaño, la manera de ligar las letras. Pero él cruzaba los siete, una manía de toda la vida, una rayita en medio, y los siete de la lista no estaban cruzados. Detalle mínimo. El único, pero suficiente. Esa lista la había escrito una mano que imitaba la suya muy bien y fallaba en una sola cosa.

Vivía solo. Nadie tenía llave. La puerta había estado cerrada toda la noche.

Compró la leche, porque la necesitaba igual. Llamó a su madre, porque hacía días que debía. Pagó la luz el día 14.

Solo esa noche, en la cama, cayó en la cuenta de que había hecho las tres cosas.

A la mañana siguiente había otra.

Misma letra, mismos siete sin cruzar. Recoger el traje de la tintorería. Cambiar la bombilla del pasillo. Devolverle el taladro a Suárez.

Cosas suyas. Pendientes suyos, reales, que estaban en su cabeza y en ningún otro sitio.

Esta vez Daniel decidió probar.

No iba a recoger el traje. A propósito. Para romper la lista, para demostrarse que no era nada.

Esa tarde, volviendo del trabajo, se encontró en la acera a la dueña de la tintorería, que cerraba ya, y que al verlo le dijo, ah, menos mal, casi me voy, pásate que te doy el traje, que mañana libro. Y se lo dio. En la mano. Sin que él lo buscara.

Tachó "recoger el traje" en su cabeza, con un frío nuevo.

Probó con la bombilla. No la cambió. Esa noche se fundió la del baño y tuvo que cambiar las dos.

Probó con el taladro. Suárez tocó a su puerta a pedírselo.

Lo que estaba en la lista pasaba. Con su permiso o sin él. Si él no lo hacía, el mundo se reacomodaba hasta que lo hiciera, por otro camino, sin pedirle opinión.

La lista no le mandaba.

La lista sabía.

El lunes, entre "comprar pan" y "renovar el carnet", había un renglón nuevo.

Matar al vecino del 4B.

Daniel se quedó de pie frente a la nevera mucho rato, con el pan que ya no iba a comprar olvidado en la cabeza.

El vecino del 4B era el señor Pombo. Setenta y tantos años, viudo, regaba unas plantas en el rellano y le daba los buenos días con una formalidad de otra época. Daniel no le había dicho en su vida más de diez palabras. No le deseaba ningún mal. No le deseaba nada.

Pero llevaba cinco días aprendiendo que lo que aparecía en esa lista ocurría.

Y por primera vez la lista decía algo que él, con toda su alma, con cada célula, no iba a permitir.

Iba a romperla. Esta. La que importaba. Costara lo que costara.

Decidió proteger al señor Pombo. Pasar el día pendiente de él, sacarlo de cualquier peligro, vigilarlo. Si la lista quería al hombre del 4B muerto, iba a encontrarse a Daniel en medio, entero, vivo, decidido.

Subió al cuarto piso a media tarde.

Tocó. Con prisa, con miedo, con demasiada fuerza.

El señor Pombo abrió en pantuflas, sorprendido.

—¿Daniel? ¿Pasa algo?

—Señor Pombo, tiene que venir conmigo. Tiene que salir de aquí, hoy no puede quedarse, le va a pasar algo, yo.

Se oyó a sí mismo. Atropellado, sudando, agarrando ya al viejo del brazo para sacarlo del apartamento, para llevarlo a un sitio seguro, lejos de ventanas, lejos del gas, lejos de lo que fuera.

El señor Pombo se asustó.

Claro que se asustó. Un vecino al que apenas conocía, fuera de sí, hablándole de muerte, tirándole del brazo hacia la escalera.

—Suélteme. —El viejo se echó atrás—. Suélteme, por favor.

—No, escúcheme, es por su bien, tiene que.

Pombo tiró del brazo para zafarse, con la fuerza torpe del miedo, justo en el borde del rellano, donde empezaban los escalones de aquel edificio viejo, empinados, de mármol gastado.

Perdió pie.

Y Daniel hizo lo único que se puede hacer cuando alguien cae. Se lanzó a sujetarlo.

Lo agarró. Lo tuvo, un instante, de la camisa y de un hombro.

Y el peso del viejo, y el empujón de Daniel, y la inercia de los dos cuerpos enredados en el sitio peor, hicieron lo que tenían que hacer.

El que cayó por la escalera no fue Daniel.

Fue el señor Pombo. Por el tramo entero. Hasta el descansillo de abajo, donde se quedó quieto, en una postura que los vivos no eligen.

Las manos de Daniel todavía olían a la camisa del viejo.

Había matado al vecino del 4B.

Mientras intentaba salvarlo. Con sus dos manos. Exactamente como decía la lista.

Lo declararon accidente.

Un anciano, una escalera de mármol, un mal paso. Pasa todos los días. Nadie preguntó por qué Daniel estaba allí, y él no lo dijo, porque ¿qué iba a decir? ¿Que una lista en su nevera, con sus siete pero no suyos, lo había anunciado?

La lista, al día siguiente, había crecido.

Y seguía creciendo. Cada mañana, renglones nuevos. Pequeñas cosas y cosas grandes, mezcladas, todas en aquella letra casi suya. Y todas, todas, se cumplían, no porque él las obedeciera, sino porque cada vez que se plantaba a impedir una, su modo de impedirla era el camino exacto por donde la cosa llegaba.

Avisar, empujaba. Esquivar, provocaba. Quedarse quieto, también contaba como elegir, y la quietud tenía su propia manera de cumplir el renglón.

Daniel entendió la arquitectura entera, y era perfecta.

La lista no necesitaba mandarle nada. No era una orden. Era un espejo de lo que su propia resistencia iba a producir. Le bastaba con escribir la verdad y dejar que él, libre, peleara contra ella. La pelea era el mecanismo. Su voluntad, intacta, lúcida, suya, era la herramienta con la que se cumplía cada línea.

Nunca supo si la lista leía lo que iba a pasar.

O si lo escribía, y solo necesitaba que alguien la leyera para que empezara a ser cierto.

Las dos cosas lo dejaban en el mismo sitio.

Esta mañana la lista tenía una sola línea.

Sin verbo.

Antes le decía qué hacer: comprar, llamar, pagar, matar. Hoy no. Hoy había dejado de importar qué hiciera.

Solo su nombre.

Daniel.

Y, al lado, una hora.

21:40.

No dice qué. No hace falta. Ya aprendió que todos los verbos llevan al mismo sitio, que da igual qué elija, que avisar y esquivar y quedarse quieto son tres puertas de la misma habitación. Que si intenta sobrevivir a las 21:40, su modo de intentarlo será, como siempre, el camino. Y que no intentar sobrevivir no está en su mano, porque nadie puede, de verdad, elegir no apartarse de su propia muerte. Las ganas de vivir no son opcionales. Y son, justamente, lo que la lista está esperando usar.

Son las nueve y media de la noche.

Daniel está sentado frente a la nevera, mirando su nombre y la hora, con todas las luces encendidas y la puerta cerrada con dos vueltas, sabiendo que cerrar la puerta es una elección, y que dejarla abierta también, y que levantarse es una y no levantarse es otra, y que una de ellas, la que sea, cualquiera, es la que lo lleva.

Por primera vez en su vida es completamente libre.

Puede hacer lo que quiera.

Faltan diez minutos.

El Silencio

Tomás compró los audífonos para callar el mundo.

No para escuchar música. Al revés. Para dejar de escuchar.

Vivía en un cuarto piso de paredes finas, en un edificio viejo donde se oía todo: las cañerías, el ascensor, la televisión del vecino, los coches, el zumbido eléctrico que nunca sabes de dónde sale y que parece venir del aire mismo. Y debajo de todo eso, la ciudad, que no se calla nunca, ni de madrugada.

Tomás había vivido siempre dentro del ruido. De niño, una casa llena de gente. Después, pisos compartidos, oficinas, calles. El silencio era una cosa que tenían otros, en sus chalets, en sus pueblos, lejos.

Lo único que quería, al final del día, era un poco de nada.

Los audífonos eran buenos, de los caros. La reseña prometía cancelación activa, "silencio absoluto". Llegaron en una caja blanca y elegante. Esa primera noche, ya en la cama, con la luz apagada, se los puso sin poner ninguna música.

Y el mundo se fue.

Las cañerías, fuera. El vecino, fuera. La ciudad, fuera. El zumbido del aire, fuera.

Por primera vez en su vida, Tomás escuchó la nada.

Fue hermoso durante unos segundos.

Y luego, dentro de la nada, había algo.

Al principio creyó que eran los propios audífonos. Que la cancelación de ruido tenía su propio sonido, un siseo de fondo, el rumor de la electrónica trabajando.

Pero no era un siseo.

Tenía ritmo.

Entraba y salía. Despacio. Largo. Una cosa que se llenaba y se vaciaba, se llenaba y se vaciaba, con la paciencia de algo dormido.

Una respiración.

Tomás se quedó muy quieto, escuchándola, con el corazón empezando a apurarse. Pensó: es la mía. Claro que es la mía, uno se oye respirar cuando todo lo demás se apaga.

Para asegurarse, contuvo el aliento.

Dejó de respirar del todo, los pulmones quietos, la boca cerrada.

Y la respiración siguió.

Entraba y salía. Despacio. Largo.

Sin él.

Se arrancó los audífonos de un tirón. El mundo volvió de golpe, las cañerías, el vecino, la ciudad, todo a la vez, escandaloso y vivo.

No había ninguna respiración.

Se quedó sentado en la cama, sudando, con los audífonos en la mano, oyendo solo su propio corazón, que ese sí era suyo, que ese sí se le notaba.

Una falla del aparato, pensó. Tiene que ser eso.

Y porque tenía que ser eso, volvió a ponérselos.

Estaba ahí.

Lo había estado esperando.

No es que volviera a empezar cuando se los ponía. Era que seguía, todo el rato, al otro lado del silencio, y los audífonos no la creaban: solo lo llevaban a uno lo bastante hondo para oírla.

Porque los audífonos no hacen silencio. QUITAN sonido. Y cuando quitas suficiente sonido, lo que queda debajo no es la nada. Hay un suelo, debajo de todo lo que se oye. Y en ese suelo había algo respirando.

Venía de detrás.

No de los altavoces, no de dentro de su cabeza. De detrás de él. De un punto a su espalda, a la altura de la nuca, como si alguien estuviera de pie junto a la cama, inclinado, mirándolo dormir.

Tomás se giró.

El cuarto, vacío. La pared, vacía. La oscuridad de siempre.

Pero con los audífonos puestos, al girarse, la respiración seguía detrás. Se giró otra vez, rápido, hacia el otro lado. Detrás. Siempre detrás. Daba igual hacia dónde mirara: estaba a su espalda, en el sitio exacto que un cuerpo no puede ver de sí mismo.

Esa noche durmió con la luz encendida y la televisión puesta. Sin audífonos.

Y no oyó nada.

Y por no oír nada, no durmió.

Tendría que haber tirado los audífonos. Lo pensó. Los metió en su caja blanca, los puso en un cajón, cerró el cajón.

Pero ya sabía que estaba ahí.

Y saber que estaba ahí, y no oírlo, era peor que oírlo. Porque en cada silencio pequeño de su día, ahora, afinaba el oído sin querer. En el ascensor. En la cocina a las tres de la mañana. En ese instante en que la nevera termina su ciclo y se calla, y el apartamento entero parece contener el aliento.

En ese instante, justo ahí, le pareció oír, finísimo, sin audífonos, un hilo de aquella respiración.

La abertura no se cerraba.

La había abierto una vez, hasta el fondo, y ahora el silencio sabía el camino hasta él.

Entonces Tomás hizo lo único que se le ocurrió. Llenó su vida de ruido. La televisión encendida día y noche. Un ventilador. Una aplicación de ruido blanco en el teléfono, lluvia, mar, estática, lo que fuera. Dormía con auriculares pequeños puestos sonando agua, para tapar el silencio antes de que el silencio lo destapara a él.

Funcionó unas semanas.

Adelgazó. Dejó de contestar llamadas. En el trabajo le preguntaron si estaba bien y dijo que sí, que dormía mal, nada más.

Lo que no le dijo a nadie fue lo que había descubierto la última noche que se atrevió a ponerse los audífonos buenos.

Que cuando él contenía la respiración para escuchar mejor.

La otra también se detenía.

Y esperaba.

Y volvía a respirar cuando él volvía a respirar.

Lo estaba escuchando a él. Con la misma atención con que él la escuchaba. Los dos, cada uno a un lado del silencio, atentos al otro. Y oírlo, comprendió, había sido lo mismo que dejarse oír. Ahora sabía que él estaba ahí. Ahora ya eran dos.

El apagón llegó una madrugada de invierno.

Se fue la luz de todo el edificio, de toda la calle. A las tres y pico. Tomás se despertó porque algo había cambiado, y tardó un segundo de sueño en entender qué.

La televisión, muerta.

El ventilador, parado.

El teléfono, descargado horas atrás, con la lluvia de mentira agotada.

La nevera, callada.

Todo, a la vez, apagado.

Y por primera vez no era el silencio de los audífonos, que quitaban sonido pero dejaban algo. Era el otro. El de verdad. El total. El más hondo en el que Tomás había estado nunca, más hondo que cualquier aparato, porque ahora no quedaba absolutamente nada encendido en kilómetros, ni un zumbido, ni un hilo.

El suelo del mundo, descubierto del todo.

Y en él, la respiración.

Pero ya no detrás.

Junto a su nuca. Tan cerca que la sintió tibia. Lenta. Larga. Paciente. Con la paciencia de algo que ha esperado toda una vida a que un hombre, por fin, se quede lo bastante callado.

Tomás no encendió ninguna luz, porque no había luz que encender.

No se movió.

Hizo lo único que le quedaba, lo que hace un animal cuando lo único que puede hacer es no ser encontrado.

Contuvo la respiración.

Apretó los pulmones, cerró la boca, se volvió de piedra en la oscuridad, para no hacer ni un sonido, para borrarse, para que en aquel silencio absoluto no quedara nada suyo que oír.

Y a su espalda, tibia contra su nuca, la otra respiración también se detuvo.

Y esperó.

Los dos en la oscuridad, sin aire, inmóviles, escuchando.

A ver cuál de los dos respiraba primero.

El Libro que se Reescribe Solo

Elías nunca en su vida había dejado un libro a medias.

Era una cuestión de principios, casi de honor. Los buenos y los malos, los que lo aburrían y los que lo herían, todos los terminaba. Cerrar un libro sin acabarlo le parecía una pequeña traición, dejar a alguien hablando solo.

Por eso, cuando entró en la biblioteca abandonada, ya estaba perdido. Solo que todavía no lo sabía.

Era el ala vieja de un seminario clausurado. Lo habían dejado entrar porque iba a fotografiar la ruina para un archivo, y se quedó solo entre los estantes podridos, con la luz gris de un ventanal sucio y un silencio de papel mojado. Los libros se caían a pedazos. Hongo, humedad, lomos reventados.

Menos uno.

Estaba sobre una mesa, en el centro, limpio, sin una mota de polvo, como si alguien acabara de dejarlo. Sin título en la tapa. Sin autor.

Elías lo abrió.

No era ficción. Era una biografía. La vida de un hombre, contada desde el nacimiento, con esa prosa seca y segura de las biografías serias. Un hombre nacido en una ciudad de provincias, hijo de una maestra, lector desde niño.

Le sonó. Vagamente, le sonó.

Leyó una hora de pie, sin sentir el frío. La vida de aquel hombre era corriente, ni heroica ni miserable, pero estaba contada de un modo que no podía soltar. Cuando la luz del ventanal empezó a irse, marcó la página con el dedo, cerró el libro un momento para descansar la vista.

Y al abrirlo de nuevo, la página había cambiado.

No era la misma frase donde había dejado el dedo.

Pensó que se había equivocado de página. Pasó atrás. Adelante. No: el texto era otro. Donde había leído que el hombre se llamaba de una manera, ahora se llamaba de otra. Donde la madre era

maestra de pueblo, ahora era maestra de una ciudad. La de Elías. La ciudad de Elías.

Cerró el libro entero, con las dos manos, el corazón empezando a apurarse.

Lo volvió a abrir.

El nombre de la madre del libro era ahora el nombre de la madre de Elías.

Cerró. Abrió.

El hombre del libro había tenido, de niño, un perro que se llamaba como el perro que Elías tuvo de niño, y que solo Elías y un par de muertos podían recordar.

Cada vez que lo cerraba y lo abría, el libro se corregía. Se acercaba. Tachaba al desconocido del principio y escribía, en su lugar, a Elías. Capítulo a capítulo, su vida iba entrando en aquellas páginas como el agua entra en la arena.

Tendría que haber salido de allí. Cualquiera habría salido.

Pero era su vida. Y él nunca, nunca, había dejado un libro a medias.

Y menos este.

Leyó toda la noche, a la luz de la linterna, sentado en el suelo helado.

Y descubrió lo que de verdad daba miedo.

No era que el libro contara su vida. Era que la contaba peor.

Cada episodio que reconocía estaba torcido hacia su lado oscuro. Aquella vez que, de joven, estuvo a punto de hacer una cosa mezquina y no la hizo: el Elías del libro la había hecho. Aquella amistad que él salvó con una llamada a tiempo: el Elías del libro no había llamado, y la había dejado morir. Aquel duelo que él sobrevivió: al Elías del libro lo había hundido para siempre.

El hombre de las páginas era él, exactamente él, en todas las bifurcaciones donde el Elías real había elegido lo decente, lo cobarde-pero-limpio, lo que se perdona. El del libro había tomado, una por una, todas las salidas que él esquivó.

Era el peor Elías posible. El que él habría sido si en cada cruce hubiera doblado hacia lo peor.

Y el libro lo escribía con su nombre, su madre, su perro, sus secretos. Cosas que él jamás le contó a nadie aparecían en las páginas, hechas, consumadas, firmes.

No se podía discutir con una biografía. Una biografía no opina. Solo informa de lo que pasó.

Empezó a buscar la página.

La del cruce. El punto exacto donde la vida del libro se separaba de la suya, donde el peor Elías nacía del bueno. Si la encontraba, pensó, podría señalarla, sostenerla, decir: aquí, aquí no fui yo, aquí yo elegí distinto. Probarse a sí mismo de qué lado estaba.

Pero el libro se reordenaba.

Cada vez que cerraba y abría para buscar atrás, los capítulos habían cambiado de sitio, y la bifurcación nunca estaba donde la había dejado. Pasó las horas, los días, no supo ya cuántos, en aquella biblioteca, cazando una página que se movía.

Hasta que una madrugada abrió el libro y leyó, en presente, un capítulo nuevo:

Pasó días enteros en la biblioteca en ruinas, sin comer apenas, buscando la página donde su vida se había torcido. No entendía que buscarla era ya parte de lo que estaba escrito.

Elías levantó la vista.

El libro lo había alcanzado. Ya no contaba su pasado, peor. Contaba su presente. Iba a su altura.

Y, cuando volvió a bajar los ojos, iba un poco por delante.

Empezó a notarse a sí mismo desde fuera.

Pensamientos que no reconocía como suyos le pasaban por la cabeza, y al rato los encontraba en una página anterior, atribuidos al Elías del libro. Hizo un gesto, una crueldad pequeña, callada, hacia el guardia del seminario que vino a preguntar si estaba bien; un gesto que no era de él, que era del otro. Y al abrir el libro, ahí estaba, escrito ya, con tinta que parecía todavía húmeda.

La membrana entre los dos Elías se adelgazaba.

No sabía ya si el libro se estaba corrigiendo hacia él, o si era él quien se estaba corrigiendo hacia el libro. Si las páginas copiaban su vida, peor, o si su vida había empezado a obedecer a las páginas. Las dos cosas lo dejaban en el mismo sitio, que es lo que pasa siempre con este tipo de cosas.

Lo único cierto era que no podía parar de leer.

Porque era su vida. Porque iba a peor. Porque tenía que saber. Porque nadie en el mundo es capaz de cerrar el libro donde se cuenta, página a página, en qué se está convirtiendo.

La última vez que lo abrió, la página describía una biblioteca abandonada.

El ventanal sucio. El polvo. El frío. Una mesa en el centro y, en ella, un libro sin título. Y un hombre en el suelo, con una linterna que ya casi no daba luz, leyendo un libro cuya historia cambiaba cada vez que lo cerraba y lo abría.

Leyó que era su vida, y que era peor. Buscó la página donde se había torcido y no la halló, porque la torcedura era esto, era ahora, era el acto de leer.

Elías leyó esa frase justo mientras la vivía.

Y debajo, la página seguía. Había más. Líneas que él aún no había alcanzado, esperándolo, adelantadas, con la tinta brillando fresca a la luz de la linterna moribunda. Lo que iba a hacer a continuación. Peor. Y después de eso, más, escribiéndose solo unos centímetros por delante de sus ojos, siempre por delante, imposible de alcanzar leyendo, imposible de detener sin dejar de leer.

Pensó en cerrarlo. En soltarlo y salir corriendo y no terminarlo, por primera vez en su vida.

Bajó los ojos para buscar fuerzas.

Y leyó:

Pensó en cerrarlo. Pero no lo cerró.

Y era verdad.

No lo cerró.

Siguió leyendo, hacia abajo, hacia lo que venía, mientras en alguna parte el peor Elías y él terminaban, sin que se notara el momento, de ser el mismo hombre. Y la última frase que alcanzó a leer, allí en el suelo, con la luz a punto de apagarse, decía que la última frase que alcanzaba a leer no

la había escrito él.

La Multitud Perfecta

Mauro siempre había sido de los que miran.

En las fiestas, contra la pared. En las reuniones, callado, leyendo la sala. Le gustaba entender un sistema antes de meterse en él, y casi siempre, para cuando lo entendía, ya se le habían pasado las ganas de meterse. Por eso fue al concierto y se quedó atrás, en el borde de la pista, donde la marea de gente todavía no apretaba.

Desde ahí lo vio.

Que la multitud no se movía al azar.

Cuarenta mil personas en aquel campo, y sin embargo el movimiento tenía forma. Por la masa cruzaban ondas, igual que por el agua, igual que por un trigal con viento. Una zona se comprimía, soltaba la presión hacia los lados, y la onda viajaba, limpia, hasta el otro extremo y volvía. Cuando un sector levantaba los brazos, el de al lado lo seguía con un retraso exacto, siempre el mismo, y el gesto recorría el campo como una corriente.

Mauro conocía el nombre de eso. Lo había visto en los estorninos, en los bancos de peces, en las simulaciones: cada individuo solo atiende a sus vecinos más cercanos, iguala su velocidad, mantiene su distancia, y de esas tres reglas tontas, sin que nadie mande, nace una sola criatura de cuarenta mil cuerpos.

Le pareció hermoso.

Sonrió, con esa pequeña soberbia del que ve la estructura que los demás no ven.

Y, para verla mejor, dio un paso adentro.

Al tercer paso ya no estaba en el borde.

La pista lo había tragado sin que él lo decidiera del todo. El aire se volvió caliente, espeso, hecho de aliento ajeno. Los cuerpos lo rodearon por los cuatro costados, y el suelo dejó de ser suyo: cuando la multitud se mecía, él se mecía, no porque quisiera, sino porque no había espacio para no hacerlo.

Decidió salir. Solo para probar. Quería una cerveza, se dijo, aunque no la quería; quería comprobar que podía.

Empujó con el hombro hacia la izquierda, hacia donde calculaba la salida.

Una onda de presión llegó por ese mismo lado, suave, sin violencia, y lo devolvió a su sitio. Como un pez que gira mal y la corriente del cardumen lo endereza. Ni siquiera fue un rechazo. Fue una corrección.

Lo intentó otra vez, más fuerte, clavando los pies.

Llegó un surge, una de esas compresiones grandes, y lo levantó. Por un segundo sus pies no tocaron el suelo. La masa lo cargó medio metro y lo depositó, de pie, un poco más allá, mirando hacia otro lado. No había caminado. Lo habían conducido.

Mauro sintió el primer pinchazo de miedo, frío, en mitad del calor.

No podía salir. No porque alguien se lo impidiera. Porque no había un alguien. Solo reglas, vecinos, distancias, y de las reglas no se sale empujando.

Decidió rebelarse en pequeño.

Si no podía moverse adonde quería, al menos movería algo inútil. Algo que la multitud no necesitara. Una afirmación mínima de que ahí dentro seguía habiendo un Mauro que mandaba sobre, por lo menos, su propia mano.

Todos levantaban los brazos en el golpe del bombo. En el uno.

Él decidió levantar el suyo en el contratiempo. En el y. A destiempo, a propósito, contra el patrón, por puro gusto de llevar la contraria.

Su brazo subió en el uno.

Con todos.

Lo vio subir. Sintió, eso sí, que la orden había salido de él, que él lo había querido. Pero el brazo obedeció al bombo, no a su capricho. ¿Lo había decidido él, en el último instante, plegarse? ¿O el patrón tenía un hueco con forma de brazo justo ahí, y su brazo, que ya era parte del patrón, fue a llenarlo?

No supo distinguirlo.

Y no poder distinguirlo fue peor que cualquier empujón.

Entonces empezó a anticipar.

Supo, dos segundos antes, que iba a venir una compresión por la derecha. Vino. Supo que la onda rebotaría y volvería por el centro. Volvió. Supo hacia dónde se inclinaría la masa en el estribillo antes de que el estribillo llegara, y la masa se inclinó hacia ahí.

Al principio le sirvió. Se anticipaba, se acomodaba, no lo zarandeaban. Por un momento se sintió otra vez listo, otra vez el que entiende el sistema.

Hasta que la pregunta le abrió un agujero en el estómago.

¿Estaba prediciendo a la multitud?

¿O la próxima jugada de la multitud se estaba formando dentro de él porque él ya era uno de los lugares donde la multitud calculaba su próxima jugada?

El medio segundo que separaba su pensamiento del movimiento de todos se fue encogiendo. Pensar "ahora a la izquierda" y la izquierda llegar dejaron de tener orden. Eran la misma cosa. Su anticipación y el movimiento colectivo se habían sincronizado, y una cosa sincronizada con otra no sabe cuál de las dos empezó.

Buscó un pensamiento que fuera solo suyo.

Algo de adentro, privado, que la masa no pudiera tener. Un recuerdo. La cara de alguien. Su propia infancia. Tendió la mano hacia ese sitio interior donde uno guarda lo que es de uno.

Y el gesto de tender la mano hacia adentro también tenía ritmo. También iba en compás. Hasta su modo de buscarse a sí mismo latía al tempo de los cuerpos.

El borde se borró.

Dejó de saber dónde terminaba él y empezaba el de al lado. La piel ajena pegada a la suya dejó de ser ajena, dejó de ser piel, fue solo el límite difuso de un cuerpo grande del que su cuerpo era una célula. Su voluntad de moverse y el movimiento de la masa se volvieron indistinguibles, no porque la masa lo aplastara, sino porque ya no había dos cosas que distinguir.

Lo último que reconoció como propio fue el pánico.

El querer salir. El no, el por favor, el yo soy uno, el déjenme. Ese grito sí era suyo, intacto, lúcido, entero, gritando hacia afuera con todo lo que le quedaba.

Pero el grito no tenía ya ninguna palanca.

Porque el cuerpo que gritaba por dentro estaba, por fuera, meciéndose. Levantando el brazo en el uno. Pisando cuando pisaban todos. Coreando, con la boca abierta, una letra que no había decidido cantar.

La canción llegó a su punto más alto, y los cuarenta mil se hicieron, por fin, una sola criatura perfecta.

Por la pista cruzó la onda más limpia de la noche, sin un solo cuerpo fuera de fase, sin una sola turbulencia, sin nada que rozara contra nada. Hermosísima. La cosa que Mauro había admirado desde el borde, ahora completa, terminada, sin fisuras.

Y en algún punto de esa onda perfecta había un hombre que por dentro seguía siendo él, despierto, aterrado, ordenándole a su brazo que bajara, a sus pies que se quedaran, a su boca que se cerrara, gritándose a sí mismo que parara, que se saliera, que volviera a ser uno.

Su brazo subió en el uno.

Sus pies pisaron con los demás.

Su boca cantó.

No quedaba, en toda aquella criatura magnífica, una sola superficie donde algo empujara hacia otro lado.

Y nunca se sabría, ni él lo sabría, si era que una mente había despertado entre los cuarenta mil y se los estaba comiendo de adentro hacia afuera.

O si nunca, ninguno, ni Mauro ni nadie, se había movido de verdad por su cuenta, y lo único falso de toda la noche había sido la sensación de mirar desde el borde, creyéndose aparte.

La onda llegó al otro extremo del campo.

Rebotó.

Y volvió, perfecta, a buscarlo.

El Perdón

La primera fue una mujer mayor, en la cola del banco.

Se acercó despacio, con los ojos ya húmedos, y le puso una mano en el brazo a Lucía como quien lleva mucho tiempo ensayando el gesto.

—Te perdono —dijo—. De verdad. Llevaba años queriendo decírtelo, y hoy, al verte, pensé: es ahora.

Lucía sonrió por educación, confundida.

—Creo que me confunde con otra persona.

—No, Lucía. —La mujer dijo su nombre con una seguridad que le heló la nuca—. No te confundo. Sé perfectamente quién eres.

Lucía la miró. No la había visto nunca. Estaba absolutamente segura de no haberla visto nunca.

—Disculpe, pero no sé de qué me habla. ¿Qué le hice yo a usted?

Algo pasó por la cara de la mujer. Una sombra. La miró un segundo más, con una pena distinta, más honda.

—No me hagas decirlo aquí —dijo en voz baja.

Y se fue. Más ligera. Como quien por fin suelta una piedra que cargó años.

Lucía se quedó en la cola, con el brazo todavía tibio donde la mujer lo había tocado, y un frío que no tenía nombre.

Lucía tenía cuarenta y tres años y una vida pequeña y limpia.

Trabajaba en una aseguradora. Vivía sola, sin drama. Tenía buena memoria y la conciencia tranquila, que es la única riqueza que de verdad se nota cuando falta. No le debía nada grave a nadie. No había hecho daño, de esos que se perdonan, en toda su vida.

Por eso archivó a la mujer del banco como lo que parecía: una pobre señora que confundía caras.

Hasta la semana siguiente.

Un hombre joven, en el parqueo del supermercado. Se quedó parado frente a ella, con las llaves en la mano, mirándola como se mira algo que duele.

—Quiero que sepas que ya no estoy enojado —dijo—. Me costó. Pero te perdoné. Por lo que hiciste.

—¿Por lo que hice?

—Sí.

—¿Qué hice?

El hombre apretó la mandíbula.

—Por mi hermano.

—Yo no conozco a su hermano.

Y entonces la cara del hombre cambió. La pena se le volvió otra cosa. Asco.

—¿Todavía? —dijo, con la voz quebrada de rabia—. ¿Después de todo lo que pasó, todavía vas a quedarte ahí parada diciendo que no fuiste tú?

Subió a su carro y se fue dando un portazo.

Dos veces ya no es una confusión.

Dos veces es un mundo que sabe algo de ti que tú no sabes.

Empezó a fijarse, y al fijarse, lo vio en todas partes.

La gente la conocía.

Gente que ella no había visto jamás se detenía al cruzarse con ella. Algunos la miraban con esa pena de perdón ya gastado. Otros, los más, con miedo, con rencor viejo, con un dolor que ella no había causado y que sin embargo, para ellos, llevaba su cara. Una mujer rompió a llorar en una cafetería y se fue sin terminar el café. Un señor cruzó la calle para no pasarle cerca. La cajera de la farmacia de la esquina, donde compraba desde hacía diez años, un día dejó de mirarla a los ojos.

Todos sabían quién era.

Todos menos ella.

Era famosa, para desconocidos, por algo que nunca le habían presentado.

Y cada vez que preguntaba qué, qué había hecho, dígame qué hice, la respuesta era siempre la misma sombra en la cara del otro, el mismo retroceso, la misma frase: no te hagas. Como si preguntar fuera la prueba. Como si solo el monstruo de verdad, el que lo hizo y no siente nada, podría pararse ahí, con esa frialdad, a fingir que no se acuerda.

Su inocencia, para todos, era exactamente la forma de su culpa.

Buscó su propio nombre. Lo que cualquiera habría hecho.

Y lo encontró.

Su nombre. Su cara, una foto suya, más joven, real, suya sin ninguna duda. Atado a algo de hacía muchos años. A una pérdida. A alguien que ya no estaba, y a una historia, contada por testigos, por nombres, por fechas, en la que ella, Lucía, había hecho aquello.

Lo que fuera. Aquello.

Leyó cada palabra con el corazón parado, esperando el error, la otra Lucía, la homónima, la confusión que lo explicara todo.

No había error.

Era su cara. Era su nombre. Eran los años en que ella había vivido, en esa misma ciudad, con esa misma cara. Su vida verdadera, la limpia, la que recordaba entera y sin manchas, ocupaba exactamente los mismos años, las mismas calles, que la vida de la otra, la que había hecho aquello.

Y no había costura entre las dos.

Buscó el punto donde se separaban, el momento en que su vida buena se bifurcaba de la mala, y no existía. No había bifurcación. Había una sola mujer, una sola cara, dos historias encima, y solo una de las dos cargaba con el acto.

El mundo era perfecto, liso, coherente, sin una grieta.

Ella era la única cosa en todo el mundo que no encajaba.

Y una sola pieza que no encaja, en un mundo que encaja entero, es, casi siempre, la pieza equivocada.

Lo peor empezó después, por dentro.

Empezó a sentir la culpa.

No el recuerdo del acto. Eso seguía sin estar, por mucho que lo buscara. Sino el peso de la culpa misma, sin contenido, flotando, buscando dónde agarrarse, y agarrándose a ella, porque la certeza de tantos pesaba más que su único no.

Se descubrió pidiendo perdón por cosas mínimas, a desconocidos, sin motivo. Se descubrió bajando la vista al cruzarse con la gente, como una culpable. Empezó a evitar los espejos, igual que los demás la evitaban a ella, porque la cara que le devolvían ya no le parecía del todo la de una inocente.

Y un día notó lo más enfermo de todo.

Que quería que la perdonaran.

Que el perdón, que al principio le había helado la sangre, había empezado a parecerle un alivio. Que ser perdonada sería dejar de nadar contra una corriente en la que ella era la única que nadaba.

Y querer el perdón era ya, de algún modo, haberse declarado culpable.

La última fue otra mujer, una tarde cualquiera, en un banco de la plaza.

Se sentó a su lado sin preguntar. La reconoció, claro. Todas la reconocían. Pero esta no tenía rabia. Tenía la cara cansada de quien ha llorado mucho y ya no le quedan fuerzas ni para el odio.

—Sé que fuiste tú—dijo, sin mirarla—. Hace tanto. Estoy tan cansada de odiarte.

Lucía abrió la boca para decir lo que había dicho cien veces. Que no. Que se equivocaba. Que ella nunca hizo nada.

Y no le salió.

Estaba agotada. Llevaba semanas sola contra un mundo entero, y el mundo entero no se cansa nunca, y ella sí.

Así que dijo otra cosa. La única que le quedaba por probar.

—Lo siento —dijo Lucía—. Perdóname.

Y encajó.

Las palabras entraron en su sitio con un chasquido suave, exacto, como una llave en una cerradura que ella había jurado que no era suya y que abría a la primera.

La mujer cerró los ojos. Le tembló la barbilla. Y por su cara pasó un alivio inmenso, verdadero, el de soltar al fin un peso de años.

Pero el alivio de Lucía fue igual de verdadero.

Eso fue lo último que entendió, y lo que ya no pudo deshacer. Que sentir alivio al pedir perdón por aquello era haberlo aceptado del todo. Que en ese instante, por fin, ya no quedaba dentro de ella ninguna Lucía que no lo hubiera hecho. La última voz que decía que no se había callado, se había puesto del lado de las otras, y las otras eran todas.

Nunca sabría si había sido una inocente a la que el mundo entero, a fuerza de estar seguro, terminó volviendo culpable.

O una culpable que, por fin, había dejado de mentirle a la única persona que todavía la creía.

Y, lo más limpio y lo más cruel: ya nadie podría saberlo.

Ni ella.

Se quedó sentada en el banco, perdonada, al sol, sintiéndose por primera vez en semanas exactamente como todos sabían que era.

El Visitante

Su padre llevaba meses sin saber cómo se llamaba ella.

Sofía lo había aceptado del modo en que se aceptan estas cosas, que no es de una vez sino mil veces, cada visita una pérdida pequeña y nueva. Manejaba los cuarenta minutos hasta la casa los sábados, le llenaba la nevera, tiraba lo que se había echado a perder, le cortaba las uñas, lo escuchaba contar por tercera vez en una hora la misma historia de un perro que tuvo de niño.

Aurelio tenía ochenta y un años y una enfermedad que le iba apagando los cuartos de la memoria uno por uno, como quien recorre una casa de noche cerrando puertas.

A Sofía la había cerrado hacía tiempo.

A Mateo, no.

—Anoche vino tu hermano —le dijo aquel sábado, contento, mientras ella le preparaba la sopa—. Jugamos. Me ganó otra vez. Siempre fue mejor que yo con los caballos.

Sofía dejó la cuchara un momento.

Mateo había muerto hacía siete años.

Al principio se lo corregía. Con dulzura, pero se lo corregía, porque le parecía cruel dejarlo creer. Después una enfermera le explicó que no, que con esta enfermedad no se corrige, no se discute, no se arrastra al enfermo a un duelo que va a tener que vivir entero cada vez. Que se acompaña y ya.

Así que ahora solo decía:

—¿Ah, sí? ¿Y cómo está Mateo?

—Bien. —Su padre sonreía con una paz que a ella se le clavaba—. Igual que siempre.

En la sala, sobre la mesita, estaba el tablero de ajedrez. El de toda la vida, de madera, con un peón negro astillado. Aurelio le había enseñado a jugar a Mateo en ese tablero, de niño, las dos cabezas juntas bajo la lámpara. A ella nunca le interesó tanto. Mateo sí. Mateo se volvió bueno, muy bueno.

Las piezas estaban a media partida.

Sofía no recordaba haberlas dejado así.

La primera vez pensó que las movía él.

Tenía sentido. Un viejo solo, las manos inquietas, toqueteando las fichas sin saber lo que hacía. Las recogía, las ordenaba en sus casillas, blancas abajo, negras arriba, listas para empezar.

Al sábado siguiente, otra vez a media partida.

Y la posición no era un revoltijo de manos torpes. Era una partida de verdad. Las piezas dialogaban: un alfil clavaba un caballo, una torre amenazaba por la columna abierta, los peones avanzaban en cadena. Alguien que sabía jugar había estado ahí.

Su padre ya no sabía jugar. La enfermedad le había quitado eso entre las primeras cosas. No podía seguir las reglas, no recordaba cómo se movía la dama, se lo había visto intentar y rendirse.

Pero el tablero amanecía cada sábado un poco más adelante en una partida limpia, coherente, buena.

Empezó a fotografiarlo. Antes de irse el sábado por la noche, una foto. Al volver el sábado siguiente, otra. Entre una y otra, siete noches, y siempre la partida había avanzado. Cinco, seis jugadas por bando. Como si alguien viniera a mover una vez por noche y se fuera.

Decidió no esperar al sábado. Instaló cámaras.

Se dijo que era por la enfermedad. Por si se caía, por si salía a la calle de madrugada, por si dejaba el gas abierto. Eso se dijo. Compró tres, las puso en la sala, en el pasillo, en el cuarto, y las conectó a su teléfono.

La primera noche se quedó despierta, mirando la pantalla pequeña, el cuarto de su padre en gris, su padre dormido.

A las tres y cuarto se levantó.

En el video, Aurelio cruza la sala despacio, en pijama, sin encender la luz, como quien va a un sitio conocido. Se sienta a la mesita. Frente al tablero.

Y frente a él, en la otra silla, no hay nadie.

Su padre sonríe. Mueve los labios. Sofía no tenía audio aquella primera noche, así que solo lo veía hablar, asentir, reírse de algo, esa risa entera que ella no le veía hacía años, la risa de antes, la del hombre que fue.

Mueve una pieza blanca. La adelanta con dos dedos. Y espera.

Mira a la silla vacía con la atención cariñosa de quien escucha a alguien pensar.

Y entonces, sin que ninguna mano la toque, una pieza negra se desliza una casilla.

Sola.

Su padre asiente, como diciendo buena jugada, hijo, y le toca a él de nuevo.

Sofía vio el video catorce veces esa madrugada. Ralentizado. Cuadro por cuadro. La pieza negra no temblaba, no saltaba como un truco de montaje. Se movía con suavidad, pensada, igual que la movería una mano que no estaba.

A las cuatro menos cuarto, Aurelio se levantó, le dio las buenas noches al aire, con ternura, y volvió a la cama.

Al amanecer no recordaría nada.

Lo que más tardó en entender Sofía fue lo de las partidas.

Porque empezó a reconstruirlas. Por la mañana, con las fotos, anotaba las jugadas, rehacía el desarrollo. Sabía lo justo para seguir las; Mateo le había enseñado de adolescentes, las tardes muertas, aunque ella nunca pasó de mediocre.

Las primeras partidas, las de las primeras semanas, las jugaba mal el negro. Torpe. Dudaba, perdía piezas tontamente, abría mal. Como alguien que está aprendiendo. Como alguien que recuerda que existe un juego pero no del todo cómo se juega.

Después fue mejorando.

Semana a semana, el negro jugaba mejor. Dejó de regalar piezas. Empezó a tender trampas. A sacrificar un peón para abrir una diagonal, esas cosas que no se le ocurren a un principiante.

Y un sábado Sofía reconoció algo en el tablero que la dejó fría.

El negro había abierto con la defensa siciliana, variante cerrada, y había maniobrado los caballos por dentro de una manera rara, antigua, incómoda, que ella había visto antes. Que había visto toda su infancia. Era la forma de jugar de Mateo. El estilo que su padre le había metido en la cabeza de niño, bajo aquella lámpara, las manías, los caballos por dentro, el peón de dama temprano.

El negro ya no jugaba como un desconocido que aprende.

Jugaba como su hermano.

El tablero era una transcripción. Noche tras noche, alguien se sentaba frente a su padre y aprendía a ser Mateo, jugada a jugada, y cada semana le salía mejor.

Lo de las tres y cuarto lo descubrió buscando otra cosa.

Estaba ordenando los papeles de su padre, los de antes, los que él ya no podría administrar, y entre ellos apareció el sobre del hospital. El informe de Mateo. El de la noche del accidente.

Hora de defunción: 3:15.

Sofía se quedó sentada en el suelo con el papel en la mano mucho tiempo.

Nunca se lo había dicho a su padre. La hora exacta, no. Para cuando Mateo murió, Aurelio ya estaba demasiado lejos, ya cerraba puertas, y ella le ahorró ese dato como se ahorraban los detalles que solo sirven para doler. Su padre no sabía a qué hora había muerto su hijo.

El visitante llegaba a esa hora.

A esa, y no a otra.

No buscó explicación. Ya había entendido que el cuento donde estaba metida no tenía explicaciones, solo hechos que no encajaban con estar vivo. Apuntó la hora en su cuaderno, debajo de las jugadas, y no se lo contó a nadie, porque no había a quién, porque ¿quién le iba a creer un tablero?

La pregunta llegó un mediodía cualquiera.

De día. Con sol. Sin nada raro en el aire.

Sofía le estaba abrochando los botones de la camisa a su padre, que miraba por la ventana, ausente, en ninguna parte. Y de pronto Aurelio volvió.

No es fácil de explicar para quien no ha cuidado a alguien así. Pero a veces, un segundo, vuelven. Los ojos se enfocan, la cara se ordena, y por un instante está ahí el hombre entero, el de antes, mirándote de verdad.

Su padre la miró de verdad.

La reconoció. Ella lo supo porque a él se le llenaron los ojos, esa manera que solo tienen los padres.

Y le preguntó, con una dulzura inmensa, sin reproche, casi agradecido:

—¿Por qué ya no vienes de noche?

Sofía no respondió.

Porque ella nunca lo había visitado de noche. Nunca. Venía los sábados, de día, cuarenta minutos de carretera, la sopa, las uñas, la nevera. Jamás a las tres y cuarto.

Pero su padre le hablaba como a alguien que sí venía. De noche. A sentarse con él.

Y en ese segundo, antes de que él volviera a apagarse, lo entendió todo, y no fue un alivio, fue lo contrario de un alivio.

Las cámaras no habían atrapado nada.

Lo habían enseñado.

Mirarlo había sido dejarlo mirar. Cada noche que ella se quedó frente a la pantalla, cada mañana que reconstruyó las partidas, cada vez que se inclinó sobre ese tablero tratando de entender quién jugaba, había estado, sin saberlo, mostrándose. Enseñándole su cara. Su devoción. Su horario.

La cosa había empezado por Mateo porque era a Mateo a quien su padre guardaba.

Pero llevaba meses estudiándola a ella.

A la que volvía. A la que siempre volvía, sábado tras sábado, la más fiel de todos los visitantes. Para su padre, ya, la hija que venía de día y el que venía de noche empezaban a ser la misma persona.

La próxima cara que aprendiera a poner sería la suya.

Esa noche Sofía no se quedó a mirar la pantalla.

Apagó el teléfono. Se obligó a no ver las tres y cuarto.

Y no sirvió de nada, porque sabía que el visitante había venido igual, puntual, amable, y que su padre habría jugado, y se habría reído con la risa de antes, y habría sido, un rato, feliz. Más feliz con la cosa que con ella.

Y supo que el sábado iba a volver.

Que iba a abrir las fotos. Que iba a inclinarse sobre el tablero a leer la partida nueva, a ver cuánto había aprendido, sin poder evitarlo, igual que no se puede evitar tocarse una herida.

Que el amor también es eso: volver, aunque no convenga. Volver siempre.

Y que algo, en aquella casa, a las tres y cuarto, lo había entendido mejor que nadie.

Sofía nunca sabría si era su hermano, queriendo a su padre desde donde sea que se quiere después de muerto.

O si era otra cosa, que había encontrado la única mente que no podía delatarla, y se había sentado a aprender, con paciencia infinita, frente a un tablero, cómo se hace para que te quieran.

No iba a saberlo nunca.

Y por no saberlo, iba a volver.

Que era, exactamente, lo que esperaban de ella.

No apagues la luz se terminó de escribir en Miami, 2025.

ernestocisneros.art